

Cuentos/Stories

De  
Deirdre Maultsaid

Traducción: Español y English

LA SERVIDORA  
De  
Deirdre Maultsaid

A mi muñeca la llamaba siempre Gwendolyn, nunca Wendy. ¿Qué pasaría si la tratara como a una niña y luego averiguara que era una orgullosa princesa mágica? Tan pronto como creí que era mágica, no pude evitarlo. Tuve que quererla con verdadera devoción.

Gwendolyn era alta, de pelo castaño y ojos verdes que cerraba con calma regia cuando la tendía en su almohada especial. Alguien -¿una tía?- le hizo un deslumbrante vestido blanco y una chaqueta verde. Hubiera sido impropio de mi madre rebajarse a hacer cualquier tarea doméstica ni aún de decoración. Tenía compromisos a los que acudir casi cada noche. Ella no conocía ni mis juguetes ni mi vida de niña.

Gwendolyn siempre me esperaba cuando corría a casa después del colegio para estar con ella. Yo imaginaba que su corazón de muñeca era cálido pero desgraciadamente sus brazos de plástico no me abrazaron las veces que lo intenté. Aún así, Gwendolyn se dignaba a reconocerme con una elegante mirada. Yo la vestía y la llevaba de paseo por todo el bloque.

Cuando Gwendolyn se me cayó en un charco de lodo pastoso y corrí a casa, mi madre la enjuagó con agua fría sin quitarle siquiera su ropita de muñeca. Después de que Gwendolyn se secara en mi mesilla, era evidente el estado de su vestido, encogido y grisáceo y su mata de pelo tan enmarañada que no podía peinarse. Silenciosamente le enseñé la muñeca a mi madre. Despreocupada dijo: "Eres demasiado mayor para andar con esa cosa por ahí".

Consideré lo estropeada que estaba Gwendolyn, su vestido, su pelo, incluso el único párpado que ahora cerraba y sentí miedo. Nadie trataba así a una dama. Mis servicios dejaban mucho que desear. Después de todo la primera Gwendolyn podía haber sido la esposa de Merlín el Mago. Gwendolyn, Merlín y el rey Arturo habían vivido a medias entre este mundo y otro. La brujería estaba aún por doquier. En mi propia calle veía cuervos graznando en las ramas de los árboles. Desde mi ventana veía la luna como una delgada hoz de luz sobrenatural. Tenía la imagen de mi Gwendolyn en un rito sagrado, llamándome para que saliera de mi vida hacia un cortejo en un submundo con largas túnicas que desaparecen para siempre en un brumoso bosque de robles.

Podría ocurrir.

Espere aterrorizada.

Mi madre no sentía miedo ni alimentaba ilusiones. Un día cuando llegué a casa, mi madre había apilado algunos rompecabezas, jerséis, y a Gwendolyn, boca abajo, en una caja de cartón para darlos a la Caridad. Me quedé atónita mi madre cerró las solapas de la caja y dijo: "Querida, tenemos que deshacernos de estos trastos viejos".

Me invadió un gran sentimiento de alivio. Mientras subía las escaleras hacia mi habitación, apenas podía oír las órdenes de Gwendolyn. Debería haber sabido que mi madre era mucho más fuerte que la llamada de cualquier antiguo conjuro. El único poder de Gwendolyn estaba escrito en runas que yo no necesitaba leer.

**FIN**

SERVANT  
by  
Deirdre Maultsaid

My doll was always called Gwendolyn, never Wendy. What if I babied her and then found out that she was a proud and magical princess? As soon as I did believe she was magic, I couldn't stop. I had to devote myself to her.

Gwendolyn was tall, with auburn hair and green eyes that closed with regal calm whenever I laid her down on her special pillow. Someone--an aunt?--sewed her a dazzlingly white dress and a green cardigan. (It would have been beneath my mother to commit herself to any domestic task, however decorative. She had meetings to go to almost every night. She did not know my toys, my girl's life.)

Gwendolyn was always waiting when I rushed home after school to be with her. I imagined her doll's heart to be warm, but unfortunately, her plastic arms wouldn't hug me the few times I tried. Still, Gwendolyn deigned to recognize me with a soothing, if elegant, glance. I dressed her up and took her for strolls down the block.

When I dropped Gwendolyn into a greasy spring mud puddle and I ran home, my mother rinsed her under cold water without taking off her doll clothes. After Gwendolyn had dried out on my night table and the shrunken, dingy state of her dress was obvious, and the tangled mat of her hair could not be combed out, I silently showed the doll to my mother. Unrepentant, she said, "You are too old to be carting that big thing around."

I considered Gwendolyn's bedraggled condition--her dress, her hair, even the one eyelid that now drooped--and I felt afraid. No one treated a noblewoman this way. My service was in question.

After all, the first Gwendolyn may have been the wife of Merlin the Magician. Gwendolyn, Merlin, and King Arthur had all lived half way in this world, half way in another. Sorcery was still everywhere. On my own street, I saw crows cawing from the branches of trees. Outside my window, I saw the moon as a thin sickle of supernatural light. I had an image of my Gwendolyn in a sacred rite, of her summoning me out of my life, into a netherworld procession of people in long cloaks disappearing forever into a misty forest of oak.

It would happen.

I waited in dread.

My mother felt no fear and guarded no illusions. When I came home one day, my mother had piled some puzzles, sweaters and Gwendolyn, face down into a carton, to donate to the thrift store. I stared. My mother closed the cardboard flaps and said, "Dear, this old junk has to go!"

Relief bubbled in me. As I climbed the stairs to my room, I could scarcely feel Gwendolyn's demands! I should have known my mother was far stronger than the call of any ancient enchantment. Gwendolyn's only power was inscribed in runes I didn't need to read.

The End

## CUANDO CAE LA NOCHE.

de  
Deirdre Maultsaid

Me despierto. Creo que Tessa está tosiendo otra vez. Duncan sigue dormido, profundamente bajo las mantas, su espalda vuelta hacia mí. Cuando enciendo la luz en el dormitorio de Tessa y miro en su cuna, todo lo que veo es el colchón de plástico. Aunque mi madre lavó las sábanas y las mantas, no sé dónde las puso.

Debería desmontar la cuna ahora. No tengo suficiente fuerza. No puedo agacharme para alcanzar la muñeca que suena de Tessa, la de la falda de lunares y el gorro cosido que había dejado bajo la cómoda todas estas semanas junto al último libro que le leí. Durante su lectura, Tessa inclinaba delicadamente la cabeza hacia mí, como si fuera mayor y entendiera. "Binkie hace olas en su bañera".

Las últimas semanas hemos estado ocupados. Duncan y yo no hemos tenido tiempo para hablar.

Primero fue el jaleo del personal del hospital gritando. Luego sus últimas palabras me ensordecieron. Sólo algunos leves sonidos llegaron a mí: alguien murmurando un ajuste de fechas mientras deambulaban por nuestro comedor, el crujido de los pantalones buenos de mi madre cuando irrumpió en el baño otra vez, el zumbido del coche de los padres de Duncan cuando nos llevaban a nuestras obligaciones burocráticas. Nuestra casa ahora está silenciosa. Salgo del dormitorio de Tessa y me meto bajo las mantas de nuevo. Creo que finalmente me duermo, aunque tengo aún los ojos abiertos y parte de mí aún mira los números rojos del reloj parpadeando.

Todo el día siguiente, mientras recojo los folletos de comestibles y el correo del porche, escucho el sonido de fondo de los locutores de noticias de la televisión hablando del referéndum y mientras preparo una ensalada fresca ( hemos estado viviendo a base de bocadillos de jamón y café ) mis pensamientos se agolpan. Quizás compre pasta de tomate de oferta. Pero junto con dos facturas, abro las tarjetas que han llegado. Una es blanca y como de encaje. Leo las palabras: " Fe en el abrazo de Dios". En la otra se ve una puesta de sol anaranjada. Solo leo la palabra "Destino". Un sedimento fangoso de mareo me da vueltas en la garganta. Me tiendo en la cama y sólo me doy cuenta a la hora de la cena de que la televisión todavía está sonando muy fuerte y que tengo la tarjetas estrujadas en la mano.

Mi amiga Anne me llama por teléfono después de cenar como cada noche.

--¿Has comido?.

--No, creo que no.

--¿Has tomado el aire?

-- Le digo: --Salí al porche.

-- Bien, bien --dice--. Llámame si quieres hablar.

Siempre dice exactamente esas palabras. Me voy a la cama pero a las tres de la mañana me despierto mareada. Un gato está accionando la luz de seguridad del porche del vecino iluminando la curva de la espalda de Duncan. El botón de la alarma brilla en su radio puesto a las 6:20, antes de que abra la piscina. Ahora a Duncan le gusta ir a nadar por la mañana antes de ir a trabajar. Se queda allí, en la emisora de televisión, hasta que anochece y no tiene tiempo de pintar. Duerme. Cuando yo solía dormir, el más mínimo sonido de Tessa, me sacaba inmediatamente de la cama. Cuando me sentaba en la silla de su dormitorio para acunarla, un susurro de fría oscuridad nos envolvía. Tenía entonces que estrecharla más fuerte entre mis brazos y cantarle una nana tras otra mientras la dejaba en la cuna. A veces sólo la arrullaba: "Mm, mm, mm " hasta que su respiración se hacía más lenta. Cómo debo de haberle parecido a ella. El bálsamo de mi voz, el calor de mi pecho, la manta ajustada, todo me convertía en una madre. Quizás.

Algunas personas dicen que el bebé debería dormir de espaldas, otras que sobre su estómago. No quiero saberlo.

Entro de puntillas en la cocina para hacer un bocadillo de mantequilla de cacahuetes a Duncan que le dejo envuelto sobre la mesa. También una naranja. Por la ventana del comedor veo las sombras negras de los abetos y, como nuestra calle está a oscuras, puedo ver las estrellas. ¿Cuándo se apagarán sus luces? Si tenemos una experiencia, la pulimos y la examinamos en todas sus facetas brillantes, entonces brillará también como una estrella. Si las estrellas brillan, la Tierra debe de estar girando, nosotros debemos de estar vivos y debemos de saber algo. No tenemos que pensar. No queda nada que entender.

Durante la universidad, Anne vivió con otros estudiantes, incluyendo a Duncan, en una casa antigua con muchas galerías y habitaciones pequeñas, cada una con su propia puerta de madera. El salón y la cocina estaban en la parte de arriba de la casa; se podían ver las montañas desde las ventanas. Yo evitaba mi pequeño apartamento, a mucha distancia en autobús y a veces me quedaba en la casa. Todos evitábamos nuestros deberes. Alguien gritaba desde la mesita del salón: "¡La hora del mus!" y todos nos juntábamos allí. El piso de arriba de la casa era el dominio de Duncan, dos habitaciones pequeñas, una un dormitorio, la otra un estudio de pintura que Anne y yo curioseamos un día que él estaba en clase de cinematografía. El estudio estaba sorprendentemente ordenado, con algunas cámaras en una estantería, tubos de óleo con las partes

usadas dobladas, lienzos apilados apoyados en las paredes. Sus cuadros estaban llenos de torbellinos de campos y árboles magentas, naranjas y verdes lima. Las personas, si había, eran pequeñas formas tenues amontonadas en una esquina del lienzo. Desde el primer día que conocí a Duncan, le había deseado tanto que la parte interna de mis muslos se estremecían. Si él pudiera imprimir su punto de vista en mí, cada luz y cada sombra habrían sido significativas para mí. Pero yo sabía que el equilibrio de la casa se rompería por mí deseo humillante. Tenía que obligarme a mí misma a no quedarme mirando su brillante pelo castaño cada vez que estábamos juntos. Si yo estaba ocupada en la cocina haciendo café y pasaba Duncan por las escaleras, tenía que mirar a mis pies. Apenas podía separar mi cuerpo del suyo; mis pechos apuntaban hacia él. Si sólo una de sus manos, sólo una, por un momento, me acariciara un seno, ¿sería suficiente?. Me tendía en el filo de la cama de Anne, mirando fijamente al techo con una excitación turbulenta e imaginaba a Duncan encima de mí, tan desconocido, ocupado creando sus cuadros brillantes.

Una noche, mientras estaba tumbada leyendo a ratos un libro e intentando no molestar a Anne, a mi lado, oí un ruido repentino que provenía de la habitación de Duncan. Subí de puntillas la escalera de Duncan respirando pesadamente con indecisión, llamé a la puerta y la abrí. No estaba allí. Otra vez oí el ruido. Duncan había trepado a la ventana y desde la galería había subido al tejado. Estaba sentado sobre las tejas con los pies abrazados, así que repté hacia arriba y me senté a su lado aunque sólo llevaba una camiseta y la arenilla me hería las piernas.

Al otro lado de la bahía, las luces del cielo corren brillando sobre las montañas. Bajo nosotros, las filas de casas estaban oscuras. Aquí, en el tejado, todo lo que tenía que hacer era ... coger su mano manchada de pintura. ¿Qué me paraba?

--Adivino que ninguno de los dos podíamos dormir --dije nerviosamente.

--Descansando, nada más. --Duncan me miró de soslayo y empezó a hablar sobre un profesor que aprobó a todos y estaba siendo investigado por el decano.

No pude escuchar lo que estaba diciendo. Puse la mano en su brazo. --Hace frío, ¿no? --dijo Duncan y entonces se levantó y me ayudó a bajar del tejado. Quise que su deseo fuera tan fuerte que saltáramos juntos por la ventana abierta, que nos tirásemos en el mismo suelo de su estudio, que viviera allí, con él, con él, con él. Duncan trepó por la ventana y cuando le seguí dijo: --Estoy cansado. Creo que me iré a la cama. ¿A qué hora es tu primera clase?

--A las nueve y media --dije yo.

--Hasta mañana--. Apagó la luz del estudio, atravesó el salón de su dormitorio y cerró la puerta. Yo me quede de pie, aturdida escaleras arriba. Aquella noche empezó nuestra relación. Seis meses después, Duncan y yo estábamos viviendo juntos en nuestra casita alquilada. En lugar de acabar mis estudios trabajaba tres días por semana metiendo datos en el ordenador de un banco en el turno de noche. Duncan se graduó y consiguió trabajo de ayudante de producción en la TV. Trabajábamos. Íbamos temprano al bar con la gente de la televisión y más tarde a los clubes nocturnos con los artistas y fotógrafos. Casi cada momento que estábamos solos, hacíamos el amor. Una vez Duncan dijo: -- Estamos vestidos de fiesta, subiendo la escalera de mármol de una mansión. Una música de vals nos llama desde la puerta abierta. Subimos--.

En la fantasía, él era un caballero. En nuestra cama, yo podía oler la levadura y la sal de la carne bajo las sábanas. Duncan decía: --Estamos bailando al ritmo de un tambor. Saltamos alrededor de un fuego levantando tal polvareda con nuestros pies descalzos que tapa la puesta de sol--. Mi mente se llenaba de imágenes cuando mis manos se deslizaban por sus hombros sudorosos.

Duncan decía: --Estamos sobre el tejado de la ciudad de noche. Podríamos caernos--. No podíamos parar. Cada vez más delirantes, ávidos, ardientes.

No pensábamos.

Concebimos a Tessa.

Le dije a Duncan: --Estoy embarazada--.

El dijo: --¡Oh--!

A los siete meses de embarazo, la placenta se deslizó a una zona peligrosa y tuve que permanecer en cama, así que trabajé en las novelas que había dejado de mi curso de literatura del siglo XIX. Cuando Duncan entraba, yo estaba en la cama, rodeada de latas vacías de Seven-up, aturdida con tanta lectura. Esperando esto, Duncan traía a casa comida preparada y comenzaba a pintar. Yo podía oír sus pinceladas sobre una acuarela apoyada en un rincón del salón. Podía oír el sonido del rápido tecleo en el ordenador. Gritaba: --¿Estás trabajando?-. Él respondía: --Una solicitud de beca--, o --propuesta para una galería--. Esperaba oír sus pasos entrando en el dormitorio. Lo que oía era una ducha que era cada noche más larga y más caliente.

El día después de que naciera Tessa, Duncan dijo: --Su piel es tan rosada--. Dijo: --Es preciosa--. Le compró un oso panda gigante de peluche.

Le compró un lujoso libro de cuentos de hadas.

Oigo ahora una radio y me doy cuenta de que es la alarma de Duncan. He estado de pie frente a la ventana del comedor toda la noche, viendo sin mirar que el cielo ya está iluminándose de gris y que los árboles están cubiertos de bruma. Se han ido las estrellas. Tessa se despertaría al alba. Tan pronto como la cogía de su cuna pataleaba y se estiraba. Le quitaba el pijama mojado y la dejaba rodar y estirarse en una toalla en el suelo durante unos minutos. Hacía un sonido húmedo y feliz de "ung-ga, ung-ga". Estábamos preparadas para el día. Yo solía preguntarme si Tessa sería una de esas duras mujeres jóvenes que iban a plantar árboles en verano y a escalar montañas para divertirse. Solía preguntarme quién llegaría a ser Tessa.

No sabía.

Duncan se mueve en nuestra habitación y luego baja calladamente al salón. Yo sé que no mira en la habitación vacía de Tessa. Enciende la luz de la cocina y aunque se sorprende cuando me ve de pie en el comedor, solamente levanta las cejas educadamente. Duncan lleva puestos los vaqueros y en la mano sus zapatos de trabajar y su ropa buena que deja en la mesa sin darse cuenta del almuerzo que he hecho. Cuando pone la cafetera bajo el grifo suena tan fuerte como una avalancha.

Siento la piernas entumecidas y tengo frío. Me aclaro la garganta, --¿Quieres desayunar--?

--No sé --dice él--, Espera un poco.

--Un poco de harina de avena? --No, gracias --dice Duncan. Saca el cartón de leche. Dentro de unos minutos saltará a la piscina y nadará a conciencia. Es difícil describir a Duncan en el vestidor, envolviéndose pulcramente en su camisa planchada, alisándose el pelo hacia atrás, contando el cambio para comprar una botella de zumo en la máquina del pasillo. Conducirá hasta la emisora de TV y trabajará eficazmente y cara al público todo el día. Es difícil imaginar que charlará con la gente allí.

No puede ser cierto. ¡Oh, sí lo es!

--¿Sabes a qué hora llegarás a casa esta noche? --pregunto.

--Es demasiado pronto para hablar. Intentaré llamarte más tarde--. Ya se ha vuelto para coger sus zapatos y sacar del armario una bolsa de plástico, pero oigo claramente cada palabra que Duncan dice. Su voz se extiende por la cocina.

--Duncan ... --digo.

--¿Qué? --pregunta él--. ¿Qué pasa?

--Escucha, Duncan, no tendrás que hablar con nadie cuando vivas aquí solo. ¿De acuerdo? Y nadie perturbará tus rutinas.

Duncan me mira fijo. Tiene una bolsa de compra arrugada en una mano y sus brillantes zapatos negros en la otra. Ya no queda nada excepto dormir. Somos como estrellas condenadas, consumidas, vacías de todo calor, recorriendo un camino que fuera fijado hace mucho tiempo. Hay infinitas estrellas de ese tipo, muriendo de a millones, yermas, solitarias, inconspicuas.

**FIN**

## WHEN NIGHT FALLS

By  
Deirdre Maultsaid

I wake up. I think Tessa is coughing again. Duncan stays asleep, deep under the covers, his back turned towards me. When I turn on the light in Tessa's room and look into her crib all I see is the bare plastic mattress. Although my mother washed the sheets and blankets, I don't know where she put them.

The crib should be taken apart now.

I don't have the strength.

I can't bend over to reach Tessa's squeaky doll, with its polka-dot skirt and sewn-on bonnet, which has been shoved under the dresser all these weeks, along with the last book I read to her. During the story, Tessa daintily tilted her head towards me as if she were old enough to understand, "Binkie makes waves in her Binkie bath!"

The past few weeks have been busy. Duncan and I have not had time to talk. First, there was the blast of hospital staff shouting. Then, their final words deafened me. Only small sounds could reach me: someone chewing a date square as they hovered in our dining room, the swish of my mother's good pants as she rushed into the bathroom again, the hum of Duncan's parent's car as they drove us to our obligations. Our house is quiet now. I leave Tessa's room and push myself under the covers again. I think I finally sleep, although my eyes are still open and part of me still watches the clock flicking over its red numbers.

All the next day while I collect the grocery flyers and mail from the porch, listen to the background noise of TV newscasters talking about the referendum and assemble a fresh salad (we have been living on ham sandwiches and coffee), my thoughts tumble together. Maybe I'll buy some tomato paste on sale. But, along with two bills, I open the stray cards that have come. One is lacy and white. I see the words: "Faith in God's Embrace". The other pictures a pastel orange sunset. I only read the word "Destiny". The muddy sludge of seasickness circles up into my throat. I lay on the bed and only realize when I get up at dinnertime that the TV is still blaring and that the cards are crumpled in my hand.

My friend Anne phones after dinner, as she does every night, "Did you eat?"

"No, I don't think so."

"Did you get any fresh air?"

I tell her, "I went out on the porch".

"Good. Good," she says. "Call me if you want to talk."

She always says those exact words.

I do go to bed, but at three in the morning, I am alert and queasy. A cat keeps setting off the security light on the neighbour's porch, illuminating the hump of Duncan's back. Duncan's alarm button glows on his radio, set for 6:20, before the pool opens. Now Duncan likes to go swimming in the morning before

work. He stays there--at the TV station--until after dark and he doesn't take the time to paint. He sleeps. When I used to sleep, Tessa's tiny mew would pull me out of bed right away. When I would sit in the chair in her room and nurse her, a whisper of cool darkness would swirl around us. I would have to wrap my hands more tightly around her shoulders and then sing one lullaby after another as I lay her in the crib. Sometimes I would just hum "Hm, hm hush," until her breathing slowed. How I must have seemed to her. The balm of my voice, my warm breast, the tucked blanket *all made me a mother*. Maybe.

Some people say a baby should sleep on its back; some say its stomach. I don't want to know.

I tiptoe into the kitchen and make Duncan a peanut butter sandwich that I leave wrapped on the table. An orange, too. Through the dining room window, I see the black shapes of fir trees and, because our street is dark, I can see the stars. When will their light burn out? If we take an experience, polish it and examine it in all its glittering facets, then it will shine like a star too. If the stars shine, the earth must be turning, we must be alive, and we must know something.

We don't have to think. There is nothing left to figure out.

During university, Anne lived with some other students, including Duncan, in an old house with lots of balconies and little rooms, each room still with its own wooden door. The living room and kitchen were high up in the house; the mountains could be seen from the windows. I avoided my little basement apartment a long bus ride away and sometimes stayed at the house instead. We all avoided our homework. Someone would shout from the coffee table in the living room, "Time for Whist!" and everyone would gather around. The top floor of the house was Duncan's domain, two small rooms, one a bedroom, the other a painting studio which Anne and I peeked into one day when he was at filmmaking class. The studio was surprisingly neat, with a few cameras on a shelf, paint tubes with the used ends crimped, canvasses stacked against the walls. His paintings were full of the big magenta, tangerine and lime green swirls of fields or trees. The people, if there were any, were small pale shapes huddled in a corner of the canvas.

From the first day I met him, I wanted Duncan so much that my inner thighs throbbed. If he could imprint his perspective on me, every light and every shadow would become meaningful to me. But, I knew the balance of the household would be disrupted by my humiliating *crush*. I had to force myself not to stare at his shiny auburn hair whenever we were together. If I was wandering up to the kitchen to get coffee, and I passed Duncan on the stairs, I would have to look down at my feet. I could hardly wrench my body away from him; my breasts would point towards him. If only one of his hands, just one, just for a moment, would hold a breast. Would that be enough? I would lie on the edge of Anne's bed, stare at the ceiling in a restless fever and think of Duncan right above me, so unknown, busy creating his bright paintings.

One night, as I lay fitfully reading a book and trying not to bother Anne beside me, I heard a sudden scraping noise from Duncan's room. I tiptoed up Duncan's stairs, breathing hard with indecision, tapped on the door and opened

it. He wasn't there. Again I heard scraping. Duncan had climbed out his window, up from his balcony onto the roof. He was sitting with his feet braced on the roof tiles so I crawled up and sat down beside him, even though I had on only a T-shirt and the grit hurt my legs.

Across the bay, the lights of the ski runs shone on the mountains. Below us the rows of houses were dark. Here, on the roof, all I had to do was...take his paint-stained hand. What stopped me?

"I guess we both couldn't sleep," I said nervously.

"Just taking a break."

Duncan squinted at me and started talking about a professor who gave out all "A's" and was being investigated by the dean.

I couldn't listen to what he was saying. I put my hand on his arm.

"It is cold, isn't it?" Duncan said and then he stood up and helped me walk down the roof. I wanted his desire to be so strong that we would plunge through the open window together, that he would plunge into me right on the floor of his studio, that I would live here, with him, with him, with him. Duncan clambered in through the window, and when I followed, he said, "I'm tired. I think I'll go to bed. What time is your first class?"

"Nine-thirty," I said.

"See you guys in the morning." He switched off the studio light, went across the hall to his room and shut the door. I was left standing in a daze at the top of the stairs.

That was the night our relationship began. Six months later, Duncan and I were living together, in our small, leased house. Instead of finishing my degree, I did three graveyard shifts of data entry a week, at a bank. Duncan graduated and got a job as a TV production assistant. We worked. We went early to the pub with the television crew and late to the night-clubs with artists and photographers.

Almost every moment alone, we made love. Once Duncan said, "We are in ballroom dress, climbing the marble staircase of a mansion. Waltz music beckons from the open doorway. We ascend." In the fantasy, he was a gentleman. In our bed, I could smell the yeast and brine of flesh under the sheets. Duncan said, "We are dancing to a drumbeat. We jump around a firepit, our bare feet raising dust that shuts out the setting sun." The images would fill my mind, as my hands would slip on his sweaty shoulders. Duncan said, "We are on a city roof at night. We might fall." We couldn't stop. We grew frenzied, greedy, burning.

We didn't think.

We conceived Tessa.

I told Duncan, "I'm pregnant".

He said, "Oh."

At seven months of pregnancy, the placenta shifted to a dangerous place and I had to stay in bed so I worked through the novels left over from my nineteenth century literature course. When Duncan would come in, I would still be propped up in bed, surrounded by empty 7-up cans, stunned from all my reading. Expecting this, Duncan would bring home take-out food and then start

painting. I could hear his brushstrokes on a watercolour propped in a corner of the living room. I could hear the sound of quick tapping on the computer keyboard. I would call out, "Are you working?" He would answer, "Grant application" or "my resume for my portfolio." I waited for his footsteps to come into the bedroom. What I heard was a shower that got longer and hotter every night.

The day after Tessa was born, Duncan said, "Her skin is so rosy".

He said, "She's beautiful."

He bought her a giant stuffed panda bear.

He bought her a glossy book of fairy tales.

I hear a radio and realize it is Duncan's alarm. I have been standing in front of the dining room window all night, looking but not seeing that the sky is already lightening to grey and that the trees are covered in mist. The stars are gone.

Tessa would wake up at dawn. As soon as I picked her up from her crib she would kick and stretch. I would peel off her damp sleeper and let her roll and flop on a towel in the middle of the floor for a few minutes. She made a wet, happy "ung-ga, ung-ga" sound. We were ready for the day.

I used to wonder if Tessa would be one of those hardy young women who go tree planting in the summer and rock climbing for fun.

I used to wonder who Tessa would become.

I didn't know.

Duncan rustles in our bedroom and then he walks quietly down the hall. I know he doesn't look in Tessa's bare room. He turns on the light in the kitchen and although he is startled when he sees me standing in the dining room, he only raises his eyebrows politely. Duncan is wearing jeans and is carrying his work shoes and his good clothes all of which he lays across the table without noticing the lunch I made. When he holds the coffeepot under the faucet, it sounds as loud as an avalanche.

My legs feel numb and I'm cold. I clear my throat, "Do you want breakfast?"

"I don't know," he says, "Just a minute."

"How about some oatmeal?"

"No, thank you," Duncan says. He gets out the carton of milk.

In a few minutes Duncan will hop into the pool and stroke with purpose through the water. It's hard to picture Duncan in the locker room, folding himself tidily into his pressed shirt, slicking his hair back, counting out change for a bottle of juice from the machine in the lobby. He will drive to the TV station and work competently and publicly all day.

It's hard to imagine that he will chat with people there.

It can't be true.

Oh, it is.

"Do you know what time you'll be home tonight?" I ask.

"It's too early to talk. I'll try to call you later." He has already turned away to pick up his shoes and reach into the closet for a plastic bag, but I clearly hear every word Duncan is saying. His voice pervades the kitchen.

I hear Duncan.

"Duncan..." I say.

"What?" he asks. "*What is it?*"

I say, "Listen, Duncan, you won't have to talk to anyone when you live here by yourself. Okay? And no one will disturb your routines at all."

Duncan stares at me. He is holding a crinkled shopping bag in one hand and his shiny black shoes in the other. There is nothing left now except sleep. We are like doomed stars, leached of all heat, already travelling on a path that was set long ago. There are many such stars, dying by the billions, barren, solitary, and unremarkable.

THE END

## RABO RABITO

de  
Deirdre Maultsaid

Traducción: Mercè López Arnabat

Echamos un vistazo a los neumáticos, la agenda y el talonario. Con un poco de suerte, tres días bastarían para llegar a Ontario, visitar a mi suegro enfermo, ver cómo andaba por allí la cuestión del trabajo y volver a tiempo de fichar en la oficina del paro. Con las prisas se nos olvidó el perro de trapo de Josh y el niño se nos puso a llorar. La excusa que necesitaba su hermano Ryan para quejarse por la selección de juguetes que habíamos colocado entre los dos en el asiento de atrás. Para tranquilizarlos hubo que darles zumo, parar a merendar en un restaurante de Golden y comprarles sudaderas nuevas.

A veces el hecho de viajar en compañía, encerrados dentro de un coche, hace que nos sintamos protegidos, inmunes al paso del tiempo, lejos de cualquier parte. Entonces el corazón sonríe, sueños y secretos se despiertan y pueden decirse en voz alta. Si Josh y Ryan me hicieran el favor de dormir un buen rato --me dije--, mi marido y yo podríamos hablar por fin de nuestras cosas. Pero ni por éstas. Ni siquiera con la calefacción a tope y los chicos fuera de combate. Mientras un banco deshilachado de niebla iba cubriendo las lúgrubas montañas que bordeaban la carretera, nos dio por imaginar atrocidades. ¿Qué haríamos si viéramos un accidente? Avisar a la policía. ¿Y si nos despeñáramos por un barranco? Agarrar un niño cada uno y saltar. ¿Serviría eso de algo, por cierto?

A medida que nos adentrábamos en las Rocosas y en la oscuridad de la noche, las fantasías de mi marido fueron adquiriendo tintes cada vez más sórdidos. Él hacía las preguntas y yo contestaba. ¿Qué harías si te secuestrara un psicópata? Intentaría razonar con él. ¿Y si te enterrara viva en una caja? Excavaría un tunel hasta la superficie. ¿Y si violara a los niños? No lo sé.

--Piénsalo --exigió mi marido.

--No tengo por qué.

Se volvió hacia mí.

--No te preocupes. Yo os salvaría a los tres.

--Si tú lo dices.

Nos llamamos un rato. Le serví café del termo. Los niños dormían profundamente. Cada vez que un coche nos iluminaba desde el otro carril, veía sus caras amarillentas y apaciguadas por el sueño. Seguimos volando rumbo a nuestro destino.

Cerca de Calgary, ya muy tarde, sin ningún otro coche a la vista, un reluciente perro negro se nos atravesó en medio de la autopista. No pudimos frenar a tiempo. Unos metros más allá, el animal intentó arrastrarse fuera de nuestro camino. Violentos escalofríos le impedían tenerse en pie. ¿Fue sangre lo que salió de su cabeza cuando la sacudió? Mi marido abrió la puerta del conductor y se asomó sin frenar del todo. Yo me volví y comprobé que los chicos seguían durmiendo.

--No pares --dije.  
--¿Que no pare? --replicó.  
--¡Acelera!

Mi marido cerró la puerta inmediatamente y pisó el pedal del acelerador. Noté el impacto. El coche se inclinó mientras rebasaba el obstáculo. Seguimos adelante en medio de la oscuridad, volando hacia el este, rumbo a nuestro destino.

Al cabo de un buen rato estábamos cuchicheando en el baño del motel mientras los chicos dormían en la habitación de al lado. Calculamos cuántos kilómetros podríamos recorrer al día siguiente. Entre los dos nos acabamos el hielo derretido de la nevera. Mi marido carraspeaba sin cesar y, por la manera como lo hacía, creo que estuvo a punto de decir algo importante.

**FIN**

## PUPPY DOGS' TAILS

by  
Deirdre Maultsaid

We looked at our tires, a calendar and our cheque-book. Maybe we could make it to Ontario in three days, visit my husband's sick father, see the job situation and be back before the next unemployment stub was due. In the rush, we forgot Josh's stuffed dog so Josh whined which pushed Ryan to burst out that he *hated* all the toys piled between them in the back seat. The boys were finally pacified with juice boxes, then restaurant pancakes in Golden, then extra sweatshirts.

Travelling in a car sometimes, protected, together, suspended in time and in between places, our hearts can suddenly sing. Secrets and dreams wake up and can be spoken out loud. If only Josh and Ryan would sleep forever, my husband and I could really talk! Instead, as streamers of mist rose up the gloomy, darkening mountains beside us, as the heater blasted over our feet and as the boys' eyes closed, we started picturing scary events. What if we saw a car crash? *Get to the police*. If we drove over a cliff? *Grab a kid and jump out*. Would that really work?

As we climbed through the Rockies and into the night, my husband's fantasies turned darker. He asked the questions. I answered. If you were the prisoner of a psychopath? *Talk him down*. If he buried you alive in a box? *Dig my way out*. If he raped the kids? *I don't know*.

"Think about it," my husband demanded.

"I don't have to."

He turned to me, "Don't worry. I would save you all."

"Whatever you say."

We were silent then. I handed him a cup of coffee from the thermos. Deep sleep made the faces of the boys yellowish and still in the lights of oncoming cars. We kept floating forward.

It was late, somewhere outside Calgary, our car alone on a stretch of highway, when all at once a glossy black dog ran out in front of us. We hit it. The dog crawled and wormed out further in front of the car. Its terrible shuddering made it impossible for the dog to stand up. Did I see blood splashing when it shook its head? My husband opened his door and half leaned out of the running car. I looked back at the sleeping boys.

"I'm going," my husband said.

I asked, "What are you talking--?"

He shut the door quickly, then put his foot down on the gas pedal. I felt the thud. We went up and we went over. We kept going, floating east in the night.

Much later, we whispered in the motel bathroom while the kids slept in the next room. We considered how many more kilometres we could go tomorrow. Together we drained the melting ice water from the cooler. From

the way he kept clearing his throat then, I think my husband was almost ready to say something intimate, or something important.

**The End**

AÚTENTICO  
de  
Deirdre Maultsaid

¿No te acuerdas que era en una feria hippy cuando compré mi cartera? Era de cuero, cosido con yute y hecho a mano. Me reía cuando me agradecías por ser tu inspiración mientras vendías cada copia de tus cuadernos de poesía, "Musas y Hechizamientos de lo Cotidiano", desde un rincón de una tienda del mercadillo. Escuchábamos a un grupo cantando una canción de Simon y Garfunkel y me besabas el cuello por encima de mi vestido blanco de encaje.

¿No te acuerdas cuando venía del restaurante, donde trabajaba, aquella noche después de que me había cortado mi dedo y nos apiñábamos ante la estufa y luego corríamos rápido a la cama donde besabas mi dedo y otras partes? Te dije que en el hospital, el engargado del restaurante había llevado mi cartera con recelo como si fuera venenosa. Tenía en mi cartera en aquellos tiempos nada más que: diez dólares, una tarjeta de la seguridad social, mi primer permiso de conducir y una tarjeta que me habías escrito, pidiéndome perdón. Decía "El mundo hace una prueba de cada sombra. A causa del amor, pasaré por las sombras y esculpiré una vida de luz blanca y cegadora. Sé que te encontraré allí, esperando a tomar forma."

¿No te acuerdas el día que me robaron mi cartera y mi bolso cuando estábamos en una playa en Zahara de Los Atunes donde habías ido a hacer una investigación, patrocinada por el Consejo de Canadá, para tu libro de artículos de viajes: "Andalucía: Musas y Memorias de la Conquista". Habíamos dejado el coche para jugar voleibol con los chicos. Me dejaban jugar, aunque están los dos en un equipo muy bueno en la universidad. Me decían, "Bueno, Mamá".

¿No te acuerdas que me sentaba en la arena y lloraba con frustración por mi cartera robada: tarjetas de crédito, tarjetas del banco, fotos de los chicos, mucho dinero en efectivo? También lloraba con pena por esa cartera hermosa que tenía desde hacía 25 años. En aquellos tiempos, usando algo de artesanía era como hacer una declaración política sobre una vida del campo auténtica y ecológica a la cual aspirábamos. Devon se agachó en la arena a mi lado y me dijo, "¿Eras una verdadera hippy, Mamá? ¿Dónde están tus cosas? Podemos disfrazarnos para una fiesta."

¿No te acuerdas que hasta que se acabó el lío con la policía y el seguro del coche y después de tomar una copa en el hotel, ya tenía coraje para contarte que en el fondo de mi bolso robado habían tres carretes de fotos tuyas no reveladas y una cinta de tu grabadora que todavía no había transcrito?

¿No te acuerdas que, en la playa, mientras Devon y Avalon exclamaban sobre el cristal roto, la primera cosa que me dijiste cuando te distes cuenta de que nos habían robado, la primera pregunta que me hicistes, mirándome fijamente con tus ojos airados y sin tocarme: "Había algo mío en tu bolso?"

FIN

AUTHENTIC  
by  
Deirdre Maultsaid

Don't you remember it was at the Courtenay Fair where I bought my wallet in the first place? It was rough leather, sewn together with jute, by hand. I laughed when you thanked me for being your inspiration as you sold every copy of your poetry chapbook, "Musings and Enchantments of the Everyday" off the corner of a patchouli stand. We listened to a local group do a cover of "Are you going to Scarborough Fair?" and you kissed my throat above my white lace dress.

Don't you remember when I came home that night after I cut my thumb at the restaurant and we huddled in front of the space heater and then we ran to bed quick where you kissed my finger, and other parts, and I told you that at the hospital, the restaurant manager had held my "hippie" wallet away from himself as if it were poisonous? What I had in my wallet then: ten dollars, a health insurance card, a driver's license and a little note of apology you had written to me. It said: "The world makes a test of every shadow. Because of love, I will pass through and carve a life out of blinding white light. I know I will find you there, waiting to take shape."

Don't you remember the day my wallet (my whole purse) was stolen when we were at that beach cove at Zahara de Los Atunes on the Spanish Atlantic where you had been doing research for your experimental Canada-Council funded travelogue: "Andalucia: Musings and Memories of Conquest"? We had left the car to play volley ball with the kids and they tolerated me-- "Good spike, Mom"--even though they are both on that co-ed varsity team.

Don't you remember I sat on the sand and cried in frustration at the stolen wallet: credit cards, bank cards, health insurance, airline point cards, photos of the kids, receipts, business cards, a gym membership. I also cried in sorrow for that beautiful wallet which had endured for 25 years. Back then, using a handicraft made by a cottage industry was a political statement about a natural and authentic country life. Devon knelt on the sand and teased me, "Were you really a hippie? Where's your stuff? We could wear it to a costume party!"

Don't you remember it wasn't until after the rigamarole with the police and car insurance and a cold drink at the hotel that I had the courage to tell you that in the bottom of my stolen purse had been three rolls of your undeveloped film and a cassette from your hand-held recorder that I still hadn't transcribed?

Don't you remember that while Devon and Avalon exclaimed over the smashed car windows, the first thing you said to me, when you realized we had been robbed, the first question you asked, staring right at me with your eyes ablaze, "Was there anything of mine in your purse?"

The End